



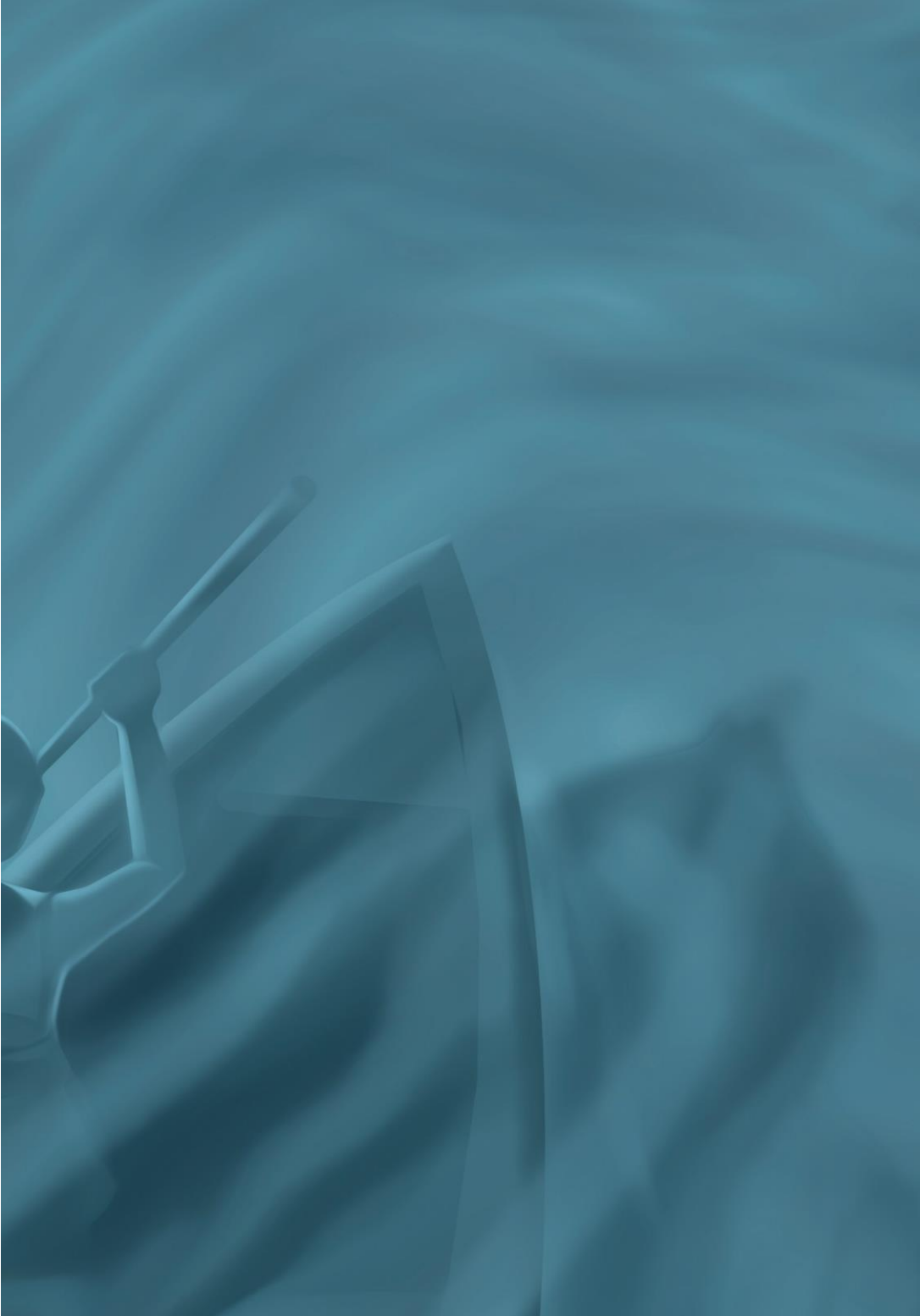
LA NIEBLA

Una fábula sobre la proactividad

Pilar Salamanca
Ibrahim Jabary



gamelearn



LA
NIEBLA

Una fábula sobre la proactividad

Pilar Salamanca

Ibrahim Jabary



gamelearn

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros medios sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

La Niebla • Una fábula sobre la proactividad

© Pilar Salamanca, 2017

© Ibrahim Jabary, 2017

Todos los derechos reservados.

www.game-learn.com

A nuestra familia



EL GRITO



KEL-LA, el paso decidido acercándose a la orilla del lago. Los ojos nublados con la calima del día recién amanecido. Sorprendida, escucha con atención.

El cráter siempre estuvo lleno de esa clase de ecos, pero el de hoy parece diferente.

Kel-la atraviesa descalza una niebla que, por momentos, va convirtiéndose en algo mucho más sólido que la pura niebla, una suerte de muro humeante que rodea el círculo de cabañas.

La Niebla. Que hasta ahora, o al menos desde que guarda memoria, ha existido siempre en derredor, sin disiparse nunca.

Junto a la orilla, arrodillado, el chamán Akaymo balancea su cabeza de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante, murmurando en una letanía obsesiva:

– Es- el- final- estamos- perdidos- estamos perdidos- estamos perdidos.

Kel-la deja caer su cayado.

Son las seis de la mañana.



KEL-LA



Cae, la niebla incesante, cae.

Kel-la tiene ganas de tenderse en el río. En el lugar preciso donde acaba de descubrir la muerte; sentir la humedad de arriba y la de abajo, acribillándola mientras Akaymo prosigue con su salmodia:

– Moriremos, este invierno moriremos todos.

Kel-la no pregunta, ni siquiera intenta protegerse de estas palabras. Quiere toda la inmisericordia de los truenos, sentir en carne propia la falta de piedad de la niebla, el agua helada. Se queda inmóvil, pensando.

Después, observa el punto preciso donde el Chaman señala y vuelve al centro de sí misma y por enésima vez escucha su grito:

– Los - peces - todos - los - peces - están - muertos - envenenados.

Entonces los ve.

[Y piensa que aquellos cuerpos plateados tienen la extraña cualidad de un mundo que una no ha visto nunca y el aspecto de cosas destruidas como nunca lo habían sido antes]



LO QUE SUCEDE



En apenas unos segundos, toma consciencia del riesgo que corren.

La voz de uno de los hombres que dice que aguas arriba la situación es todavía peor. Algo catastrófico para la tribu porque sin peces no hay comida. Y sin comida la tribu corre el riesgo de desaparecer.

Nadie sabe todavía por qué ha ocurrido lo que ha ocurrido, aunque Kel-la piensa que habrá que hacer algo antes de que caigan los fríos, antes de que vuelva el invierno.

[No eliges lo que te sucede. No eliges cuándo te sucede lo que te sucede. Eliges sólo la forma de reaccionar ante lo que te sucede]

Y aunque durante generaciones el valle de Tuyuti ofreció siempre cobijo seguro al pueblo de los Nurum, sólo ahora Kel-la viene a enterarse de la condición cambiante de la vida.

Pero el valle de Tuyuti, su valle, es prácticamente inaccesible y ni siquiera los más viejos del lugar han oído que nadie, nunca, haya podido entrar o salir de él.

[A veces el sólo hecho de pensar en la posibilidad de una salida es ya una salida]



UNA VOZ



A pesar de su pacífica existencia, los Nurum pertenecen a una raza de recios guerreros con gran resistencia a aceptar cualquier innovación o cambio en sus tradiciones.

Pero ahora, los habitantes de Leubucó se encuentran desorientados y sin saber qué hacer para resolver este problema.

Akaymo, el chamán, decide que todos deben rezar a los dioses y sacrificar algunos de los pocos alimentos con los que todavía cuenta la tribu.

Y Kel-la oye sus voces aunque en el fondo de su cerebro, escucha otra voz, la suya, que le dice que sólo rezando y esperando no van a conseguir nada y que mejor será que empiecen a actuar.

[No lo sabe todavía pero son los dioses quienes le hablan desde el fondo de sí misma]



INICIOS



– ¿Cómo era antes? – preguntó su hermano Herru.

– Diferente – contestó Kel-la.

Y se remontó a muchos, muchos años atrás, cuando Aruma, el dios supremo benigno y misericordioso, decidió bajar a la tierra y raptar a dos niños, un niño y una niña. Y al niño lo convirtió en sol y a la niña la convirtió en luna. Y es sólo desde entonces que existe la brillante luz del día y la también brillante luz de la noche.

Y Kel-la contó también que Aruma, como dios supremo, regía a los demás dioses, entre ellos a Nubu, que representaba al lago. Una vez al año, la tribu sacrificaba conejos y otros pequeños animales y los lanzaba a sus aguas como ofrenda.

Es sabido que Tuclú, el dios del mal, era el encargado de elegir a los chamanes y celebrar pactos con ellos. Por eso los chamanes son muy temidos pues sólo ellos pueden arrebatarle el alma en sueños, provocarle la muerte o curar tus enfermedades.

Para atender a las mujeres sólo estaba Gara, la Miguan o curandera.

Kel-la, que no creía demasiado en estas cosas, se había prometido no asustar con ellas a Herru. Desde la muerte

de sus padres ,y hasta hoy, había conseguido mantener su promesa. Hoy, sin saber muy bien por qué, la había roto.

[Por lo demás y desde el día en que quedó huérfana, fue siempre una de esas personas que prefirió cabalgar su propia vida antes de permitir que la vida cabalgase sobre ella]

Otras mujeres de la tribu habían seguido en aquella curiosa aventura vital. A cada una, Kel-la le había revelado con generosidad los vericuetos de su alma. Eso la divertía mucho más que buscar marido, que era lo que ordenaba la tradición.



UNA MUJER ESPECIAL



Con sólo diecisiete años Kel-la era quien había conseguido transformar la vida de la Daura, esposa del primer noble de la tribu. La Daura acababa de traer al mundo a su décimo-primer hijo y no conseguía encontrar tiempo suficiente para dedicarse a las altas tareas que le estaban encomendadas. Kel-la tuvo una idea: a cambio de que le permitiera criar a su hermano Herru junto con sus once hijos ella se comprometió a cuidar de todos los niños.

El día que aceptó su ofrecimiento, la Daura estaba fumando unos cigarrillos peculiares, negros y finos, con un olor extraordinario. Un tabaco difícil de conseguir porque lo poco que había se repartía entre las personas verdaderamente importantes de la tribu (como su marido). Ese día, cuando la Daura le ofreció uno para probar, Kel-la sintió la primera calada explotando dentro de su boca. Un perfume como de clavo y jengibre entre los labios.

[Ésta es la clave para destejer el enigma. Para desandar los hechos. Para entender el añil en las uñas y en los labios de la Muerte: serás consciente de tu propia vida, crearás tus propias oportunidades]



EL CÓNCLAVE



El cónclave ha reunido a todos los personajes principales de Leubocó.

El Queví preside la asamblea. Adorna su cuerpo con pinturas de color naranja y negro y se yergue majestuoso cubierto de tatuajes y de plumas como símbolo de su alto rango, de su poder sagrado y secular. El Queví gobierna y soluciona los conflictos, sentencia al que miente, conduce las expediciones y distribuye los bienes entre los cabezas de familia que forman parte de la tribu.

También están Ittu (el noble guerrero), la Daura (la esposa del noble principal), la Miguan (curandera) y Akaymo (el Chamán).

El pueblo llano observa pues se supone que tanto el Queví como Akaymo comparten el saber y el no-saber sobre el origen de las cosas.

Y el Queví, que huele exageradamente a tabaco de jengibre y a clavo, dictamina que los dioses le han advertido de que para evitar el Hambre y la extinción no hay otra solución que incrementar los sacrificios.

Los sacrificios de los pocos peces que hay en reserva, las tortugas, las semillas...



TRAS EL CÓNCLAVE



Es medianoche. A esta hora normalmente, el Cónclave tendría que haber acabado. Las pipas están ya apagadas y colocadas boca abajo en orden sobre las esteras de rafia.

Pero Kel-la sigue hablando. La Daura escucha y, sentado frente a ella, Takama, su marido, que con un cigarrillo apagado entre los labios, escucha inmóvil. La voz de Kel-la se oye fuerte y nítida:

– No tenemos elección. Si queremos sobrevivir, hay que salir de aquí.

Silencio.

Luego se oye una leve tos y la voz de Takama repitiendo:

– Salir de aquí. Atravesar la niebla.

Kel-la le sonrío tristemente.

Más silencio.

El Queví reacciona parsimonioso y levantando un poco la voz:

– ¿Acaso no has escuchado la resolución del cónclave? ¿Has olvidado que salir de este valle es imposible y que no nos está permitido atravesar la niebla?

Sin embargo, al cabo de unos minutos y agarrando con fuerza su bastón, el Queví levanta la mirada, deja su cigarrillo en el suelo y pregunta:

– ¿Y a dónde iríamos?

Kel-la extiende su brazo y apunta a la montaña, en dirección a la pequeña garganta estrangulada desde hace siglos por árboles y lianas.

[Algunas voces murmuraron: Kel-la tiene razón. Vamos. No tenemos nada que perder y también: Atreverse. Hay que saber correr riesgos, buscar nuevos caminos]



EL LAGO



El lago estaba dentro de un enorme cráter. Sus habitantes estaban rodeados por una terrible, persistente, mefítica niebla que les impedía abandonar sus inmediaciones.

Aquellos que habían intentado atravesar la niebla, habían desaparecido para siempre.

En cualquier caso, la ley de los Nurum prohibía expresamente la expatriación y condenaba a muerte a todos los que la intentaban.

Desde que Kel-la guarda memoria, su tribu ha vivido siempre de la recolección de ciertas raíces y del coco, aunque su principal recurso sea la pesca en Los Ojos, una zona del Lago al pie del Monte Alto en cuyas cristalinas aguas abundan las tortugas verdes muy apreciadas por su carne y sus huevos y, sobre todo, los peces que todos los hombres desde niños saben pescar con gran habilidad mediante redes y unos arpones de madera con tres puntas.

[El ser humano pierde, a veces, ese instinto que le dice lo que tiene que hacer; en ocasiones, incluso, no sabe ni siquiera lo que le gustaría hacer y, en su lugar, acaba haciendo lo que otras personas hacen o quieren que haga]

Pero ahora todo eso ha cambiado y las algas venenosas o tal vez la maldición del Gualicho, el gran demonio, han destruido su principal y casi único medio de subsistencia.

[El miedo... el miedo... y todo lo que hay a su alrededor. Es triste ver todo lo que nos hacemos a nosotros mismos con el miedo]



HISTORIAS



Kel-la conoce esas historias y sobre todo, la leyenda que dice que más allá de la niebla que rodea el poblado, acaba el mundo conocido. Que detrás nunca hubo nada sino precipicios y monstruos. Que si intentas cruzar la niebla, los vapores envenenados de marismas y cenagales terminarán contigo.

También dicen que los dioses, en su sabiduría infinita, tienen las soluciones a todos los problemas y que, llegado el momento, las ponen a disposición de la tribu siempre que ésta lo solicite humildemente a través de plegarias y sacrificios. Que los sacrificios que más complacen a los dioses son precisamente los peces y las tortugas.

Kel-la ha pensado siempre que estas historias no tienen ni pies ni cabeza, así que dice:

– Nos estamos muriendo de hambre ¿Cómo vamos a sacrificar a los dioses los pocos peces y tortugas que tenemos para comer?

Se lo dice a Takama, el Noble Primero, a la Daura, a su hermano Herru, a la Miguan y también a Adir, un joven pescador que fue siempre su amigo.

Y preguntan:

– ¿Tendremos que desobedecer a los dioses, a Akaymo y al Queví? ¿Tendremos que enfrentarnos a Jonay y sus guerreros para ir hacia un lugar que ni siquiera sabemos si existe, un lugar al otro lado de la niebla donde nunca hasta ahora ha puesto el pie un ser humano?

No saben qué pensar. Están desorientados. Lo único que saben es que si se quedan, morirán de hambre y si desobedecen, y se atreven a cruzar la niebla, el resultado será posiblemente el mismo.

Y Kel-ha responde:

– A parte de su propia vida, los ancianos y los principales de la tribu quieren conservar otras cosas. Cosas como el poder y sus propiedades. Nuestras vidas... no creo que les interesen tanto. Lo único que tenemos nosotros lo llevamos puesto: es nuestra vida y es por eso que tenemos que tomar nuestras propias decisiones.

[Aferrarse a lo que tienes es natural pero eso puede hacer que pierdas lo que más importa]

Kel-la sigue hablando de la vida. De lo que podrían encontrar más allá de la niebla.

Kel-la sigue hablando. Sigue hablando. Sigue...

LO INDECIBLE



Kel-la sabe de la necesidad, de la falta de azar, de la esperanza. Vuelve atrás en el tiempo, cuando ella también quiso ser otra. Tener otro futuro. Recuerda a su madre, su cabello rojo y largo que nunca se recogía en una coleta. Su madre mirándola fijamente a los ojos, señalando el dibujo que acababa de hacer en la arena y diciendo –ésta eres tú.

Recuerda cuantas veces quiso ser la mujer con alas de aquel dibujo....

Su madre haciendo fuego. Trenzando una estera de esparto.
Su madre midiéndolo todo, desafiando.

La recuerda viva y valiente.

Y después, la despedida, cuando la dejó a cargo de Herru y le dijo simplemente:

– No hay que tener miedo a nada.

Y la sonrisa que todavía iluminaba su cara cuando le cerró los ojos y colocó sobre sus párpados dos grandes escamas transparentes.



LA TERCERA NOCHE



Takama intenta convencer a los Hombres Principales. Por unanimidad, rechazan la propuesta.

– Eres un hombre – responden – que camina deprisa y huye de sí mismo. Un nómada, un tráfuga de los recuerdos. Quieres olvidar el Hambre y con el Hambre a la tribu y a sus tradiciones. Quieres olvidar a toda costa. Ser otro. Dejar tu puesto y tus responsabilidades. Un aspirante a nada: eso es lo que eres.

Takama escucha con parsimonia porque sabe que nada de eso es cierto. Al contrario, él intenta sobrevivir. Y por eso se levanta, recoge su lanza y mirando fijamente al Queví, apoya la lanza en su rodilla y la parte en dos. A continuación echa una mirada a los otros Hombres Principales allí reunidos y los observa como de lejos, sumergidos en la burbuja infatigable de su ignorancia y no puede ni quiere, evitar imaginarlos agitando las manos de asombro y de emoción cuando alguien llegue a decirles que ha conseguido, por fin, atravesar la niebla.

Y el Queví le informa de que todos los miembros de la tribu permanecerán en sus puestos. Nadie se irá. Y en caso de que alguien lo intentase, él o cualquier otro, lo pagaría con su vida.

Takama no dice una sola palabra pero baja instintivamente la mirada y lo que ve a sus pies son los pedazos de su lanza

rota, los adornos de plumas que son el distintivo de su casa, de su familia. Enseguida, dirige la mirada hacia otra parte y con toda la naturalidad de la que es capaz saluda inclinando respetuosamente la cabeza en dirección al Queví.

Después, sin decir una sola palabra, se retira.

[No, verdaderamente no eliges lo que te sucede pero sí lo que puedes hacer al respecto]



HIPÓTESIS



Supongamos que, a pesar de que pueda parecer un cuento, ésta es una historia verdadera que ocurre todos los días. Mujeres y hombres de cualquier parte que un día lo pierden todo y se ven obligados a volver a empezar.

Un pueblo que alguna vez tuvo un nombre y se lo quitan, o lo pierde, como se pierden tantas cosas y recuerdos en el devenir de la historia.

Aventuremos que esta historia se inicia con una catástrofe y que, de todas esas mujeres y hombres que la sufren, sólo sobreviven los que toman la iniciativa y hacen prevalecer su libertad de elección sobre las circunstancias. Los que asumen la responsabilidad de hacer que las cosas sucedan y deciden en cada momento lo que quieren hacer y cómo piensan hacerlo.

Y después, regresemos en el tiempo a Leubocó y al Lago Tuyuti. Contemplemos, aunque sea de lejos, cómo el pueblo de los Nurum camina hacia su extinción al negarse a asumir la responsabilidad de su vida, al decidir someterse a circunstancias sobre las que, según ellos, no tienen el menor control. Y cómo por esta razón, sólo podrían salvarse aquellos que, como Kel-la, Takama y los demás, sepan reaccionar a lo que pasa a su alrededor.

Cuando Takama regresa, Kel-la ha reunido ya a su grupo: están la Dauray y seis de sus once hijos (los cinco varones mayores han decidido quedarse), su hermano Herru, Gara (la Miguan o curandera) y, cómo no, Adir, su joven amigo.



ESA NOCHE



El grupo decide no esperar y escapar esa misma noche, tercera de Begnemest, Agosto.

Kel-la hubiese preferido salir antes.

Sólo Takama, el hombre más inexpugnable de Leubocó, había conseguido convencerla para que esperase mientras él tanteaba a los Hombres Principales.

Cuando esa noche lo ve regresar sin su lanza... ella, sabe.

Y mirando hacia donde espera el grupo, sonríe levemente y con cierta solemnidad declara:

– A partir de esta noche, la Niebla que rodea a nuestra tribu será mucho menos espesa.

Y lo dice en voz alta y clara, arrastrando un poco las palabras, con cierto deje musical.



PELIGROS



Amparándose en la sombra de la luna, el pequeño grupo deja atrás sus chozas (re) construidas, año tras año, a orillas del Lago Tuyuti. Sus hermosas chozas levantadas sobre pilares de palma guágara para que no se pudran y a las que viejos y jóvenes acceden desde siempre por unas escaleras de tronco tallado a mano.

No han hecho sino dejar atrás las últimas, cuando un hombre a la carrera los alcanza y en tono excitado y perentorio les dice que Akaymo ha adivinado sus planes y, en ese mismo momento, una partida formada por los mejores guerreros se está preparando para salir en su busca.

Kel-la, pero también Takama y los demás, escuchan sin que la sombra de un gesto descomponga los rasgos de sus rostros. Mantienen los ojos fijos en los labios de aquel hombre llamado Rayco (que en lengua de sus antepasados significa guerrero) como si sus palabras fueran las últimas líneas de una carta de despedida. El hombre les pregunta si puede unirse al grupo.

Instintivamente, Kel-la dice que sí. Y lo hace en voz baja, hablando con lentitud, sin saber con precisión si puede escucharse o no lo que está diciendo. Después, una vez más, y renunciando a cualquier clase de prudencia, explica, sin invenciones y sin omisiones, todo aquello que cree ser

cierto, los peligros que tendrán que afrontar hasta conseguir atravesar la niebla y llegar a un lugar seguro. Y vuelve a preguntar si de verdad están todos decididos a seguir adelante.

De pronto, sin ni siquiera mirarse, ni haberse puesto de acuerdo, ocurre: forman un corro y se dan la mano. Y así, sin más explicaciones, es como hacen saber a Kel-la que están todos unidos.

Decididos a reemprender la marcha y a afrontar, cualesquiera que sean, las dificultades.

¿El rumbo?

Sur, recto. Hasta el fin del mundo.



LA TRASNOCHADA



Kel-la conoce la inseguridad pero esta noche entra en ella por primera vez a través del rostro de Herru, su hermano pequeño y largamente amado. Le mira con esa tristeza intrínseca de los niños cuando se ven privados de algo.

¿Algo? ¿Cómo qué? La seguridad, quizá.

A través de la noche el grupo enfila una senda que cruza un campolleno de matorrales espinosos. La luna en su descenso y el cielo nublado hacen de la noche una pura oscuridad. Es difícil sortear los obstáculos y, por eso, tropiezan a cada paso. Pero no se detienen. Son las tres de la mañana cuando, a lo lejos, escuchan los primeros gritos.

Ellos no lo saben pero el brujo Akaymo se ríe como un loco mientras da saltos alrededor de la hoguera.

Kel-la recuerda el estupor que le causó descubrir aquel montón de escamas plateadas pudriéndose en los juncales. Y su imposibilidad de aceptar la sumisión como única salida. Recuerda también el refrán que solía repetir su padre:

[«Podrás llevar a tu animal a la fuente pero no podrás nunca obligarle a beber».]

Los compañeros del grupo, sobre todo los niños, están muy cansados. Pero antes de detenerse, Kel-la decide rodear

el guadal de arenas movedizas y seguir caminando hasta llegar a la Laguna Grande que marca el límite del mundo conocido para, desde aquí, variar un poco el rumbo buscando simplemente el Sur.

La hipótesis de que sus perseguidores pudieran desorientarse y desaparecer tragados por los guadales, le parece razonablemente sensata.

Takama opina lo mismo.



MARIPOSAS



A veces el cuerpo se pone a ladrar de puro hambre. La gente del grupo apenas dispone de algo para comer: unos ramilletes de berros, algunas mazorcas, un poco de harina.

Kel-la tiembla y clava su lanza en el suelo. Takama se lleva un cigarro a la boca y aspira el humo con calma y Herru y los demás se tumban en el suelo y cierran los ojos para no sentir cómo las mariposas revolotean dentro de su estómago.



UN ALTO EN EL CAMINO



El suelo humea como un caldero que alguien hubiera puesto al fuego para hervir agua. Y entre ese humo y la niebla, los miembros del grupo apenas pueden distinguir los rostros de quienes tienen al lado. Así pasan un par de horas, sentados unos junto a otros, hablando y callando.

Kel-la se levanta y Adir decide acompañarla. Con un gesto imperceptible, antes de enfiar la garganta por donde han venido, Kel-la se lleva un dedo a la boca y pide a la Daura que no despierte todavía a los niños. Después, con aire decidido, se adentra en la espesura seguida de Adir.

Caminan hacia atrás, por el mismo camino por el que han venido, para comprobar si les siguen todavía.

Se diría que Leubocó queda ya a siglos de distancia.

Kel-la y Adir suben juntos la falda de una colina, hasta llegar a un claro donde el cielo se diría recién labrado... tantos son los surcos que han ido dejando sobre él las nubes.

Y de repente, a lo lejos...

– Caminan como los lobos – dice a Adir.

Y así es, en efecto: a la luz de los relámpagos pueden ver cómo se van acercando los guerreros que el Queví ha enviado en su persecución. Unos van erguidos y otros a cuatro patas rugiendo como rugen los jaguares.

Kel-la sabe que lo que buscan es rodear los guadales de arenas movedizas...

– Se acercan. ¿Qué vamos a hacer? – pregunta Adir.

Kel-la está a punto de responder cuando...



LA TORMENTA



El cielo comienza a fruncir el ceño. Se levanta el viento y gruesas gotas comienzan a caer mientras fulgurantes rayos rompen a tramos la niebla.

Kel-la decide enviar de vuelta a Adir a pedir al grupo que no se muevan de donde están y que se protejan lo mejor que puedan del aguacero que se avecina.

– Que esperen – dice.

La lluvia que empieza a caer a torrentes.

Kel-la sigue oteando.

Al cabo de un rato y a la luz de los relámpagos que serpentea el cielo, alcanza a distinguir cómo el grupo de sus perseguidores se desbarajusta y desorienta y cómo los guadales empiezan a hacer su tarea y con el correr de sus aguas, se tragan a muchos que se hunden allí sin salvación. Los demás se ven obligados a reagruparse y a dar la media vuelta antes de que les arrastre la riada.

Sólo entonces, ajena a cualquier forma de cansancio, Kel-la desciende la colina y regresa para tranquilizar a los suyos y darles la buena noticia.

Al llegar al campamento llueve todavía pero los truenos y los rayos han desaparecido. A su alrededor, reina el más absoluto silencio.



OBSTÁCULOS



Hay cosas que nunca salen como tu quieres. Pero los obstáculos no deben hacerte olvidar tus objetivos. Adaptar el paso, sí. Cambiar de dirección, no.

*[Vivimos sin conocerlo que hay más allá de la niebla.
Lo importante es salir para ver lo que hay ahí fuera]*

La gente duerme. El campamento parece sumergido en un lago de silencio. Sólo se escucha el susurro de la voz de Kel-la – que es la primera que se ha despertado – mientras habla consigo misma para darse ánimos. Nada se mueve.

Kel-la espera un rato y después, uno a uno, los va despertando a todos.

Y enseguida todos juntos reemprenderán el camino.

Con la cabeza inclinada y atenta a sus propios pasos, Kel-la va andando mientras habla consigo misma. Suele hacerlo cuando no quiere pensar demasiado. Otras veces lo hace para organizar sus ideas. Adir la observa con atención: le embelesa escucharla. Le gusta pensarla como una mujer que tiene mucho que decir.



AL PASO



La mañana del día siguiente el grupo camina alejándose cada vez más de la aldea. Sobre sus espaldas, sin embargo, se hace sentir la niebla como un enorme fardo.

Y en el Oriente nublado

La luz apenas rayando

Iba el campo tapizando

De claro-oscuro verdor

La Daura disfruta inventando cancioncillas como ésta para entretener a los niños.

Pero Takama está preocupado: es lento el paso de los niños y además, la senda cubierta de agua les obliga a marchar muy despacio. Takama sabe que, a este paso, no llegarán muy lejos. Se hace cada vez más urgente buscar una solución.

[Es urgente pararse a pensar. Las cosas no cambian solas así que si hay algo que no te gusta el único que puede cambiarlo eres tú]

Esa misma noche, cuando todos han caído rendidos, Takama vuelve a echar una ojeada a una pequeña lámina vegetal que lleva escondida dentro de su tocado. Un objeto que estuvo siempre bajo la tutela de Akaymo, el chamán, y que antes de partir, él mismo robó. Lleva grabados algunos nombres y

unas extrañas líneas trazadas en dirección Sur. Los ancianos de Leubocó pensaban que podría tratarse de un mapa. A la luz temblorosa del fuego, Takama intenta estudiarlo. A la mañana siguiente, se lo enseñará a Kel-la.



QUIZÁ



Pero quizá esta historia trate de otra cosa. Quizá trata sólo de la primera responsabilidad, de la libertad sin excusas. No de las cosas que pasan y nos hacen sufrir sino de lo que nosotros nos decimos acerca de ellas.

[Al fin y al cabo la libertad es lo que haces con lo que te han hecho]

O tal vez se trate de lo que ocurre con la palabra libertad al conjugar todas sus variantes.

La noche del quinto día del begnemest, Kel-la cae enferma y esa misma noche, la fiebre le hace soñar miedos. Sabe que la niebla agranda los perfiles de todos los fantasmas pero no deja de preguntarse qué es lo que puede hacer para acabar con ellos.

Toda esa noche la Miguan la pasa a su lado y al amanecer, ya cansada, cambia de postura y recolocando su capa, tan arrugada y vieja como su propia piel, se tiende a su lado y para tranquilizarla, empieza a contarle una historia.

Y es así como Kel-la se entera

al final,

de repente

de la historia de las fuentes.



LAS TRES FUENTES



Dijo la Miguan:

- A la fuente representada por el sol que mantiene nuestra vida con el calor de sus rayos, la llaman “celestial”.
- A la fuente que nos alimenta, formada por la tierra, el agua, las plantas y los animales, la llaman “planeta”.
- A la fuente portadora de los hijos y por tanto, de la humanidad, la llaman “mujer”.
- Y a estas tres fuentes les rendimos veneración.
- Por más que algunos hombres no lo sepan.

A continuación acerca su mano a la de Kel-lay le entrega una especie de pepita diciendo:

- Con esto recordamos. Es la semilla del conocimiento.
Debes compartirla.

Kel-la se siente hipnotizada. Cuando se despabila e intenta darle las gracias, la Miguan ha desaparecido de su lado.

Tumbada dentro de su cobija sólo alcanza a ver su espalda y el humo de su pipa que se mezcla con la sofocante niebla que les rodea.

Kel-la duerme a ratos pero una y otra vez se despierta pensando lo mismo:

[Tranquila. Pase lo que pase, tendrás siempre la ocasión de elegir, si no otra cosa, al menos la forma de enfrentarte a tu destino]

Este pensamiento le tranquiliza.



PREGUNTA



Kel-la tiritaba durante los tres días siguientes. La fiebre la consumía y los escalofríos sacudían su cuerpo. Pensando sobre todo en Herru, pide a la Daura que no deje que se le acerquen los niños no vayan a contagiarse.

A su lado sólo quiere a la Miguan.

Por fin al cuarto día, aunque todavía débil, consigue incorporarse y, poco a poco, reiniciar la marcha.

Su máxima preocupación se resume en una pregunta: ¿Tiene algún sentido aquella huida? Porque si carece de sentido – piensa Kel-la – entonces tampoco lo tiene sobrevivir a este sufrimiento. A todo este frío, este hambre.

Kel-la cree que una vida cuyo único sentido consista apenas en superarla o sucumbir no es vida. En todo caso, no es una vida que merezca la pena ser vivida.

[La vida humana no cesa nunca, bajo ninguna circunstancia y este infinito significado de la vida comprende también el sufrimiento, las privaciones y la muerte. Pero es cosa nuestra saber lo que hacemos con ellos o cómo nos enfrentamos a ellos pues, a diferencia de los peces y de otros animales eso es lo que en realidad te hace humano]

Kel-la conoce bien la respuesta:

[Un humano es un ser que decide lo que es. Siempre]

Y aprieta el paso.



HUELLAS



Takama, por su parte, calla y discurre.

El Hombre Principal no tiene palabras para hablarse con franqueza, para cerrar los ojos y recordar cuándo empezó todo o por qué en su momento eligió lo que eligió. Takama es de esos hombres a quienes gusta guardar algún as en la manga. Un hombre incapaz de pronunciar, sin más, la palabra Sí.

O la palabra NO.

Takama está preocupado. Todavía no ha enseñado el mapa a Kel-la.

Ese mismo día, al cabo de tres horas de marcha, encuentran un rastro casi fresco. Rayco, el guerrero, muy conocido como buen rastreador, no tarda en identificar las huellas. –Son hombres. Seis hombres: cuatro cargados y dos con lanzas.

Es indudable que la tormenta de hace unos días había impedido al Queví y al resto de los Nurum continuar su persecución así que ¿quién podrían ser?

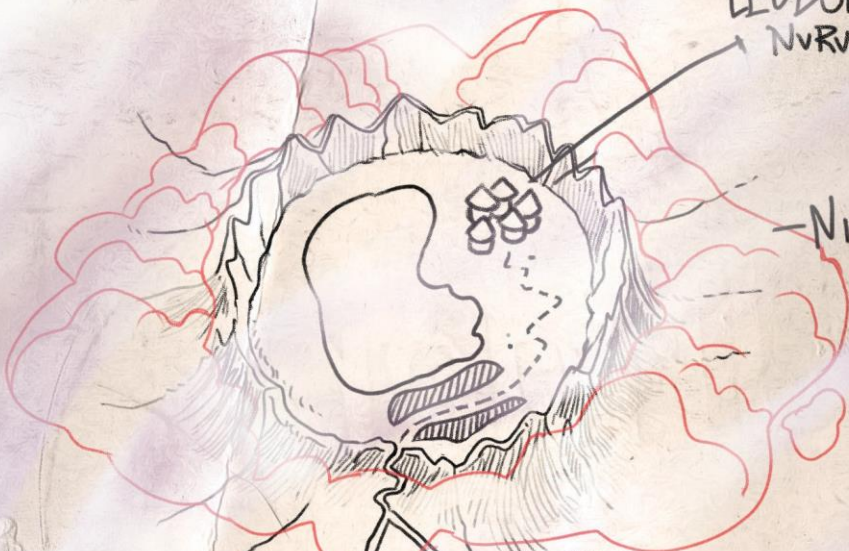
Takama decide mostrar su mapa a Kel-la.



tuyvtij

LEUBOCÓ
NVRUM

-NIRDA



LINEA QUEBRADA



[Geom. La compuesta de varias rectas que cambian de dirección]

Todavía sudorosa por la fiebre que no cede, Kel-la sigue con atención las palabras de Takama que va explicando cómo, según el mapa, la única salida del cráter, a través de la garganta, atravesando la cordillera, sigue un camino que, como una línea quebrada se dirige hacia el Sur. Que en un momento dado, esa línea se bifurca en una especie de horquilla. Uno de sus extremos termina en un punto en el que se pueden ver dibujadas unas extrañas líneas onduladas. El otro extremo desemboca en lo que parece una máscara. En ambos casos, el final del camino está marcado con el símbolo Nurum de la muerte, el cuervo. Todo lo demás es niebla.

Kel-la escucha en silencio.

“¿Pero por qué ahora? ¿Por qué no ha compartido con ella esta información? Llevan caminando más de nueve días...”

Kel-la no encuentra palabras para decir lo que piensa. Pero las busca afanosamente para dárselas a Takama y que él y los demás puedan hacer algo útil con ellas.

Pero calla.

En el fondo piensa que los que dibujaron el mapa estaban equivocados. No puede decir por qué, pero está segura de que el mapa está incompleto.

[Es buena idea no dejar que los límites de los otros influyan en tus propios objetivos]

Y una vez más se da cuenta de que los Nurum, ella incluida, siempre han vivido ignorando todo incluso la fisonomía de su propia tierra. Que han vivido siempre dentro de la Niebla.



Y AÚN EN EL CAMINO



Y un día más, hambrientos y empapados, caminan despacio, a través de la densa niebla, hundiendo los pies a cada paso en un barrizal que no parece terminar nunca.

De pronto, en un claro a la izquierda de la vereda, una cabaña.

De sus paredes penden algunas pieles de serpientes y su techumbre está adornada con cabezas de caimanes.

Después de inspeccionarla, Miguan, la curandera, dictamina:

– Perteneció probablemente a un chamán.

[Es sabido que la mujer y el hombre deciden lo que son. Y deciden también lo que deciden]

La cabaña es espaciosa y muy oscura. Sólo recibe algo de luz por una pequeña claraboya abierta en el techo. De las vigas que lo sostienen cuelgan infinidad de amuletos, collares y adornos de toda clase con dientes de animales y vértebras de serpientes.

El resto está casi vacío: dos hamacas tejidas en fibra de palmera, calabazas huecas, cáscaras de coco destinadas a servir de vasijas y tres o cuatro tinajas con algo de agua.



ALGUNA DIGNIDAD



[No hay en todo el mundo un triunfo verdadero que pueda separarse de la dignidad en el vivir]

La palidez cadavérica de los niños, las estrías de sed en sus labios, el color púrpura asomando por las comisuras de sus bocas...

Kel-la observa el rostro de su hermano, desliza el índice por el mentón de Herru y choca contra las escarpas de sus heridas. Observa las costillas que, desde hace un par de días se insinúan en su piel y las delinea una a una con la yema de los dedos. A continuación va un poco más lejos y deja caer los ojos sobre el pecho desnudo de los hijos de la Dauray algo parecido a un estremecimiento la sacude.

Quiere aprovechar para ellos el poco agua que pueda haber en los recipientes de barro que han encontrado dentro de la cabaña. Pero antes, debe preguntar a la Miguan...

Y es así como en esa oscuridad sin luces siente cómo un cuerpo se mueve y enseguida reconoce sus manos y su rostro. Kel-la se lanza sobre la sombra pero, lamentablemente, no llega a tiempo: mientras los hombres preparan un fuego en el exterior y los niños se acucillan a su alrededor, la Miguan, ella sola, ha terminado con las pocas reservas de agua filtrada que se conservaban en el aljibe.

Enfurecida, Kel-la la examina de arriba abajo antes de preguntarle cómo se ha atrevido a hacer una cosa así. Antes de que muerta de vergüenza la Miguan salga de la choza para ir a refugiarse en un rincón, Kel-la le hace saber que nunca más se fiará de ella.

Nunca más.

– De ahora en adelante – dice –, caminarás sola y nadie, nunca, volverá a dirigirte la palabra.

La Miguan sacude entristecida la cabeza y por sus gestos da a entender que acepta la culpa.

Tuclú ha quebrado su dignidad y ella, nunca más, volverá a ser la misma.

¡Ay de aquellos que pierden su dignidad!, dicen las viejas canciones de los Nurum, pierden lo que de más valor tienen. Se envenenan. En seguida vendrá Tuclú a llevárselos.

Ala mañana siguiente, la Miguan ha desaparecido. La Niebla se la ha tragado.

DE LOS SUEÑOS



Nada más despertar, Kel-la comprende inmediatamente lo que ha sucedido pues esa noche ha tenido un sueño y en el sueño oía a la Miguan despidiéndose.

Y la voz de la Miguan era rasposa. Sonaba como una fractura o el cruzar de un hueso. Y hablaba con letras que desaparecían, con palabras que se borraban constantemente. La voz hablaba y hablaba pero oculta detrás de aquel cuchicheo sólo se distinguía una palabra al principio y al final.

Y la palabra era:

Perdón, perdón, perdón, perdón, perdón, perdón, perdón,
perdón, perdón, perdón, perdón.

En los sueños, la Miguan era sólo una voz.

[Si somos – y lo somos – libres para elegir, somos también responsables de nuestras elecciones]

Y de repente Kel-la volvió a verla fumando cigarrillos largos, dando gruesas bocanadas sin soltar una gota de humo.

Durante la noche, Kel-la ha estado muchas veces a punto de despertarse. Pero hay sueños que parecen una cristalización y que así, no más, tampoco se evaporan cuando despiertas. En sus sueños, Kel-la se ve a sí misma haciendo una entrada triunfal en una bahía desconocida

mientras la tribu de Calfucurá (un mítico cacique de tiempos pretéritos) la aclaman y su nombre, gritado a los cuatro vientos, llena el aire. Y ve también que han construido para ella un arco triunfal y una escolta en zig-zag la precede al son de flautas de cañuto grueso que resuenan con fragor en medio de los repetidos perdónperdónperdónperdónperdónperdónperdón.



LA PROMESA



La madrugada es de hielo, larga y fastidiosa.

La niebla lo invade todo, como zarandeada.

Cuando la luz del día alumbra el cuadro que forman los miembros del grupo acostados en el suelo, Kel-la vuelve a la realidad. Al pesado aroma de lo verde podrido. Al ir y venir del hambre por las vísceras. Vuelve al día en que su vida cambió. Al día en que ella decidió que cambiase. Y es entonces cuando se pone de pie al lado del fuego moribundo y dice:

– Es hora de seguir caminando.

Cual Amazona a la conquista de una ciudad poderosa. En contra del dictamen de los que parecen sabios, que agobiados por el peso de lo que ya conocen son incapaces de aprender más nada. Hombres que le dijeron:

No hay caminos y las trochas están horadadas por peligrosos ojos de buey y cubiertas de pantanos y aguas movedizas. Sin caminos y con niebla, una niebla que atenaza, no hay escapatoria.

De repente, y todavía medio despierta, los gritos de la Daura hacen retroceder a Kel-la:

– ¡Herru, no puedo encontrar a Herru!

En el campamento se hace un profundo silencio.

La Daura cuenta precipitadamente que al despertarse, Herru le había pedido permiso para ir a cazar iguanas y que ella, pensando que no tenían ya provisiones, se lo dio a condición de que no se alejara demasiado. Que entonces él cogió su arco y se adentró unos pasos en la niebla pero que, durante un buen rato, siguió por allí cerca pues en ningún momento había dejado ella de oír sus canciones.

Sólo que ahora...

Kel-la siente hundirse el suelo debajo de sus pies. Tiembla al pensar en Herru porque su hermano es todo lo que tiene y en el fondo, la razón última de su decisión cuando, abandonando la seguridad de la tribu, se adentraron en la niebla en busca de un futuro mejor.

Kel-la permanece unos instantes con la mirada fija en el lecho de hojas que Herru comparte con los otros niños. Después: –Voy a ir a buscarle.

Es Adir, el pescador, quien entonces se pone inmediatamente a su lado y dice:

– Voy contigo.

Los demás asienten en silencio, sin preguntar nada, ocultando todas sus inquietudes. Sólo Takama, tras haberle entregado su lanza, encuentra fuerzas para decirle:

– “Prométenos que volverás” – Con voz firme, sin contemplaciones.

Entonces Kel-la, mirando de frente, responde:

– Te lo prometo.

Y es tal la confianza que tiene en sí misma que puede verse reflejada en los ojos de cada uno de los integrantes del grupo. Luminosa en la niebla. Como un faro.

Acto seguido y acompañada por Adir, se adentra en la niebla por el mismo lugar en donde hace apenas un rato, ha desaparecido Herru.



TRASLÚCIDA



[Dicen que cuando los arquitectos quieren apuntalar un arco que se hunde aumentan la carga sobre él, para que sus partes se unan así con mayor firmeza]

Kel-la y Adir cruzan la incierta frontera de los cañizos que rodean el campamento. Atraviesan un par de guadales, entran de nuevo en el bosque dirección norte y llegan a un calvero para proseguir después por un terreno formado por colinas no demasiado elevadas. Para mejor orientarse, Kel-la cuenta apenas con lo que queda de sus recuerdos de su paso por allí hace apenas unos días aunque ahora todo parece cambiado. Rodeados por una niebla traslúcida Kel-la y Adir dan vueltas hasta reconocer un río y después una senda.

Es al final de esa senda donde encuentran la enorme ceiba entre cuyas raíces Herru se ha acurrucado. ¿Dormido? Parece que no respira.

Durante unos instantes Kel-la contiene el aliento y piensa en todo lo que le puede haber pasado. Una serpiente, quizá. Y también en lo que habita la selva, en las dimensiones de lo desconocido, en las dimensiones del miedo.

[MIEDO: lo indigno de lo desconocido que nos amenaza. La ignominia de no tener recursos para defenderse]

Hasta que le ve entreabrir los ojos.

Y entonces Kel-la comprende que les queda todavía un largo camino de vuelta. Y delante de sí, la nada. Y sin embargo, sonríe.

Empieza a llover.



MEDIADOS DE BEGNEMEST



En el campamento todos duermen en el suelo, junto a la hoguera. Kel-la, Herru y Adir no hablan, no dicen nada y procurando no hacer ruido se tumban también ellos a dormir.

Al amanecer y para celebrar su regreso, la Daura ha preparado, gracias a las nuevas reservas de agua recogidas durante las lluvias de la noche y a unas raíces que ha encontrado en la cabaña, una especie de brebaje de color blanco que ofrece a todos en unos cucuruchos que ha preparado con hojas de palma.

– Es taroba. Para reponer fuerzas.

Al terminar, levantan el campamento, recogen sus pocas pertenencias y confiados, vuelven a ponerse en marcha.

[Tan confiados, tan felices como ellos quieren]



SILENCIO



El grupo camina y nadie dice nada y hasta Kel-la, resguardada en su silencio, se protege dentro de sus dudas sin decir una sola palabra pues está segura de que ni siquiera Herru, que ahora marcha a su lado, alcanzaría a entenderla.

En lo más profundo de su alma Kel-la siente que sin tantas dudas no sería en absoluto la misma.

Es decir, sería menos ella.

O sería, simplemente. A secas.

Pues de siempre ha creído que es una equivocación dar por hecho que lo que se necesita ante todo es seguridad. O, como diría Takama, equilibrio. Es decir, para él lo más importante es estar tranquilo, relajado, evitar las tensiones y las dudas...

No.

Ella siempre ha pensado que para avanzar se necesita cierta tensión.

O, por decirlo de otra manera: lo que ella necesita no es eliminar la tensión a toda costa sino esforzarse y luchar por una meta que merezca la pena. Sentir la llamada de un objetivo, ese objetivo que desde siempre está esperando a que ella, precisamente ella, lo cumpla.

Y que siempre está ahí delante, en alguna parte.
A pesar de la tormenta, de la niebla y de todos los peligros.
A Kel-la no le hace falta saber nada más.



RAYCO, EL GUERRERO



Desde que salieron de Leubocó, Rayco no había vuelto a abrir la boca.

Excepto, claro está, el día que descubrieron la traición de la Miguan. Ese día rompió su silencio y propuso alancearla.

Los traidores mueren.

Dijo.

Sucede que Rayco detesta a los traidores y hay cosas que son para él una provocación. Una provocación imperdonable a la que por fuerza tiene que responder.

Sólo que entonces, cuando lo de la Miguan, no se lo permitieron.

A pesar de su apariencia atemorizante, con sus terribles tatuajes rojos y negros, su arco y sus flechas, Rayco es un hombre tranquilo.

Pertenece a la casta de los guerreros y, cuando cree que nadie le escucha, recita de memoria las historias de antiguas batallas.

Maneja con vigor y destreza su machete para derribar ramas y arbustos y cortar bejucos para que el grupo pueda seguir caminando.



YA FALTA MENOS



Un día, al despertar, ve que en torno a él, los miembros del grupo se preparan para ponerse de nuevo en marcha. El fuego sigue todavía ahí, encendido. La gente recoge sus pocos bártulos, silenciosa. Rayco se levanta y durante algunos minutos mira a su alrededor pero los únicos ojos que se cruzan con los suyos son los de Kel-la que, como siempre, está pendiente de todo. Ve a Takama y a Adir cargando los haces de leña, ve a Herruy y a los niños silenciosos pues a pesar del hambre que sienten, nunca lloran. Ve los rostros mudos que tiene la gente cuando es gente que lucha por sobrevivir. Y ve, clavado en el suelo, su machete, esperando.

Porque él está encargado de ir abriendo camino a machetazos, los demás pagan su esfuerzo permitiéndole dormir un rato más.

Rayco tarda un poco en desperezarse. Después oye, entre el murmullo del grupo que se prepara, un murmullo más lejano semejante –piensa– al batir de miles de alas. Un murmullo que se acerca y avanza por el aire poco a poco. Y aunque ante sus ojos no haya más que maleza y tierra oscura imagina, por un momento, que la niebla se va haciendo menos espesa. Llevado por ese sonido – que él siente cada vez más fuerte, intolerablemente fuerte – levanta la cabeza y justo delante de él, ahora sí,

exactamente delante de él y en aquel momento, ve la mano de Kel-la posada sobre su hombro.

Rayco la mira.

Adelante amigo, ya falta menos.



DÉJAME DECIRTE ALGO



No busques un por qué al sentido de la vida. Los hay de muchas clases.

¿Sentido de la vida?

Sí, eso que buscas y tanto te intriga no es nada extraordinario. No hay falso optimismo ni tristeza en ello. Ni profundidad ni vergüenza. No segundas intenciones. El sentido de tu vida puede consistir, y consiste simplemente, en un día soleado (o no). Un día en el que te levantas de la cama y sabes que sigues viva.

¿Has disfrutado alguna vez de un sentido como éste?

[No deberíamos buscar un sentido abstracto a la vida, pues cada uno tiene en ella su propia misión que cumplir; cada uno debe llevar a cabo un cometido concreto. Por tanto ni puede ser reemplazado en la función, ni su vida puede repetirse; su tarea es única como única es su oportunidad para instrumentarla]

Sólo que a veces cuesta un poco aprenderlo.



DE NUEVO EN MARCHA



Un día más, amanece oscuro y el cielo bajo y plomizo no deja ver más allá de unos pocos pasos. Masas densas de bruma vuelan rápidamente por el aire. Aún así Kel-la ve aparecer a trechos una barra amoratada delante de ellos y se le ocurre pensar que quizá, la niebla que pende sobre sus cabezas, pueda estar a punto de disiparse.

El grupo marcha junto, muy apretado y ha colocado los niños en el medio. Sólo Rayco, el guerrero, sin preocuparse ni poco ni mucho de los obstáculos del terreno, donde cualquier otro hombre habría caído muerto de fatiga a los diez minutos, sube rápidamente –y baja– por los pequeños riscos de arena, se pierde entre las cañas y vuelve a aparecer a su lado cuando menos se lo piensan.

El grupo se detiene a descansar. Hacen acopio de bambús gruesos para preparar un fuego y calentarse. De pronto, a cierta distancia, resuena un aullido lúgubre.

Rayco alza la cabeza.

- ¿Alguna fiera? – pregunta Kel-la.
- No, parece el aullido de un guara. Una especie de lobo – contesta Rayco.
- ¿Peligroso?

– Para los hombres no, pero si huye es señal de que alguien le viene detrás.

Cuando Kel-lada la media vuelta para avisar a los demás, Rayco desaparece. Ni un ruido hace al irse.



POSIBILIDAD DE CAMBIOS



[Vive como si ya estuvieras viviendo por segunda vez y como si la primera vez hubieras obrado ya tan desacertadamente como estás ahora a punto de obrar]

Kel-la piensa que lo mejor que pueden hacer es esconderse.

Takama se muestra de acuerdo.

Si, efectivamente, son personas, no saben quiénes son.

De manera que lo mejor que pueden hacer es protegerse, esperar a ver qué pasa y si esas gentes son amistosas o no.

En realidad lo que más teme, es a su propio miedo.

Una vez más.

Preparan entonces un escondite con las ramas de una especie de palmera y lo cubren con ramas y lianas. Se meten dentro y se sientan a esperar. Todos menos Rayco que sigue sin aparecer.

Y en esas están cuando otro animal, esta vez un hermoso gato de color bermejo, sale de la selva huyendo rápidamente.

– Parece asustado – dice Adir. No acababa de decirlo cuando...



EN MEDIO DE LA NADA



Entre la niebla, aproximadamente a unos cien metros de su refugio, Kel-la y los suyos ven aparecer, dando gritos atronadores, a unos diez o doce hombres cubiertos de horribles pinturas. No parecen estar de caza sino, más bien, preparándose para la guerra y encima de sus cabezas voltean furiosamente sus mazas, sus arcos y sus hachas.

Enseguida y, desde el otro extremo del calvero, otro grupo con la cara adornada de plumas de papagayo, avanza también, aunque más lentamente, deteniéndose a cada paso para oír la fogosa arenga de su cacique que, al parecer, produce en ellos increíble furor.

Y entonces, cuando están a menos de sesenta metros unos de otros, comienzan a disparar flechas y dardos. Desde su refugio y sin atreverse apenas a respirar, los Nurus observan asombrados cómo pelean aquellos hombres y cómo, cuando alguno de ellos resulta herido se arranca él mismo la flecha y la hace pedazos a mordiscos mientras continúa disparando hasta que el veneno – seguramente curare – hace su efecto y termina por tumbarle.

Durante casi una hora no alcanzan a ver más que una confusa mezcla de cuerpos desnudos revolcándose entre espantosos aullidos hasta que, por último, un arrogante guerrero de alta estatura y con una maza ensangrentada hasta el mango,

se yergue entre todos los cuerpos que yacen en el suelo con el cráneo destrozado y el pecho hundido y lanza un terrible grito. Sólo dos de sus hombres responden. Han vencido.

Con aspecto cansado, el arrogante guerrero de alta estatura vuelve entonces la espalda a aquella carnicería y acompañado por los dos únicos supervivientes de su tribu y sin siquiera recoger a sus muertos ni echar una mirada atrás, se pierden otra vez en la niebla.

[Es mucho lo que aprende el ser humano cuando de pronto se da cuenta de que no tiene nada que perder excepto su ridícula vida desnuda]



IMPASSE



Un par de horas después de que el sangriento encuentro haya terminado, Takama y Adir deciden salir en busca de Rayco y para asegurarse de que los guerreros han desaparecido y no hay ningún peligro para que el grupo pueda continuar su marcha.

Mientras se preparan para partir, la Daura va a sentarse frente a Kel-la y le dice:

– Total, antes o después tendrás que contarme toda la verdad.

Y lo dice despacio, con fatiga, porque en el fondo la Daura es una de esas mujeres experimentadas que siempre ha creído que la verdad es algo importante pero que muchas veces está sobrevalorada. Kel-la levanta la vista y la mira.

– ¿La verdad? ¿Qué verdad?

En torno a ellas campea el bochorno del verano y una luz que parece del todo falsa. La Daura, muda, sigue mirando a Kel-la durante unos instantes. Las dos saben.

Y entonces Kel-la:

– La primera vez que pensé en dejar Leubocó, la situación no era tan extrema. Mi decisión no tiene tanto que ver con los peces muertos. Es más bien curiosidad, una necesidad de conocer cosas nuevas. No soportaba imaginarme a mí misma haciendo las mismas cosas y de la misma manera, siempre.

La Daura escucha en silencio. No dice nada. Sólo escucha.

Y le hace daño oír cómo al final, Kel-la dice en voz baja:

– Antes o después hubiese acabado marchándome. Aunque fuera sola.

Y después de un momento:

– Es un dolor extraño. – En voz baja –. ¿Cómo puedes estar dispuesta a poner en peligro tu vida por una libertad que ni siquiera sabes lo que es, una libertad que no has conocido nunca?



EL MÁGICO LOGOS



Kel-la está segura de que con su decisión de dejar Leubocó ha hecho lo correcto.

Que ella y el grupo han acertado.

Sin embargo...

Hay días en que a Kel-la le gustaría arrancar el zumbido sordo que a veces siente detrás de las orejas y que insidioso, repite:

No sabe lo que le espera.

Efectivamente, no lo sabe pero confía en que cuando consiga arrancar de un tajo ese sonido, tal desasosiego acabará desapareciendo y hará por fin su aparición el logos (sentido).

Kel-la, una vez más, acierta.

Porque el logos siempre ha estado ahí, en el centro de cada una de las decisiones que ha ido tomando a lo largo de su vida. Bien lo saben quienes la conocen: Kel-la es de esas mujeres que no permite que las situaciones difíciles la superen. Que lleva la iniciativa y trabaja siempre por lo que cree que puede ayudarla a estar mejor.

A ella misma y a los que ella quiere.

Y se hace cargo de lo que hay que hacer para conseguir lo que se propone; que busca incansablemente el cómo, el dónde y el por qué.

Y hasta que lo encuentra, no para.

Sabe, está segura, que el logos le confiere libertad para poder hacer frente a las diversas situaciones que ha ido encontrando a lo largo de la vida.

Y a las que deberá afrontar de ahora en adelante.

Es por eso que cree, a pies juntillas, que el logos es algo mágico, insustituible.



CON RUMBO DESCONOCIDO



El bosque parece vacío. No se oye siquiera pjar a los pájaros.

Takama y Adir dejan a los demás en los alrededores del refugio recogiendo unas frutillas parecidas al acerolo que por lo visto son comestibles. Necesitan provisiones.

Entretanto, ellos van en busca de Rayco.

Por esa zona, el suelo embarrado se ve horadado por un sin fin de ojos de buey, unos pozos abiertos en el suelo de roca que resultan imposibles de detectar a simple vista al estar cubiertos de hierbas y maleza. Pisarlos, es hundirse sin remedio en las profundidades de lo desconocido. Dicen que algunos llevan hasta el mismísimo centro de la tierra.

Es posible que Rayco haya caído en alguno de ellos.

Pero no.

Al caer de la tarde, cuando llevan casi tres horas andando, llegan a la boca de un riachuelo de unos veinte metros de anchura. Un riachuelo que parece una cicatriz en la espesura.

Allí encuentran a Rayco.

Parece dormido.

Antes de salir al descubierto y para comprobar que no hay peligro, Adir reconoce la orilla hasta una distancia de doscientos o trescientos metros. No hay peligro.

Sólo entonces se permiten avanzar: matorrales hollados, helechos derribados, orquídeas pisoteadas, algunas flechas clavadas en la corteza de los árboles y, otra más, en el pecho de Rayco.

– Idrío abajo... río abajo... tenías razón... la niebla...

Sorprendidos por la desgracia, ni Kel-la ni Adir se han dado cuenta de que, la terrible niebla que les ha venido acompañando durante todo el camino ha empezado a desaparecer y que el cielo, ahora visible por encima de sus cabezas, va tiñéndose de malva por la parte de Poniente.



APENAS UNPARPADEO



Adir solloza, sujeta con sus dos manos la mano de su amigo Rayco, se niega a abandonarlo, a despedirse de él...

Kel-la no dice nada. Es como si, también ella, hubiera dejado de respirar.

Luego, inician el camino de vuelta.



SEGUNDO INICIO



Es noche cerrada cuando consiguen encontrar el escondite.

Marchan lentamente pues han tenido que cargar el cuerpo de Rayco.

En el refugio, reina una calma completa, todos duermen. Sólo se oye la respiración cadenciosa de los niños y los roncospuspiros de la Daura. Las llamas de un fuego a punto de extinguirse iluminan el cuadro.

Kel-la se pasa la mano derecha por los cabellos y murmura:

– Mañana será otro día. Ahora vamos a dormir.

Adir, por su parte, mira desconcertado la luna que acaba de aparecer entre los celajes de la niebla.

Peronodice nada. Sólo repite para sus adentros: “sí, mañana será otro día.”

Y se echa también a dormir.

[Son tus pensamientos los que crean tu vida y no al revés. Aquello en lo que piensas o centras tu interés, es lo que se manifestará en tu vida]



LA LUZ



Es tiempo.

Agotados por una dieta de raíces y tubérculos, con poco agua y aún menos descanso, los niños ya no pueden más. Sobre todo los dos más pequeños.

Kel-la sin embargo, sonrío.

Y si en esos momentos alguien le hubiese preguntado, habría respondido que ya lo sabía. Que, desde hace mucho tiempo, sabía que algún día la niebla terminaría por desaparecer:

Antes o después tenía que suceder: nada dura para siempre.

Kel-la lleva consigo la indestructible calma de las personas que se sienten en su lugar. Dentro de la niebla, ha descubierto el inexplicable espectáculo en el que, algún día, se convertirá su vida.

Ese día, al parecer, ha llegado.

Es un día de viento.

Las copas de los arbustos más bajos se agitan formando figuras imprevisibles que brillan sin orden en todas direcciones. El viento, desde luego es uno sólo, pero bajo los últimos desgarrones de la niebla, Kel-la diría que son miles los que soplan.

De todas partes. Un espectáculo. Leve e inexplicable.

Kel-la sale entonces de la choza y mira al cielo.

La luz.

Por fin la luz – piensa.



LAS RAZONES



Y sin más dilación les pide a todos que se apresuren y se pongan en marcha.

- Una vez conocí a uno, que conocía al padre de alguien, que a su vez conocía al abuelo de otro que se había hecho construir un carcaj para las flechas que necesitaría para su viaje al otro lado de la niebla—dice Takama. Y después
- Me explicaron incluso sus razones. Pero tampoco las recuerdo. Nunca se recuerdan las razones de los demás ¿verdad?

Takama no es muy hablador ni tampoco está hecho para dar explicaciones. Pero la memoria es lo que tiene: cada uno recuerda las cosas a su manera y eso exige dar muchas. Muchas explicaciones.

Y ahora Takama sólo piensa en llevarles río abajo siguiendo las instrucciones de Rayco. Al sur, siempre al sur.

Así que se adelanta para ir abriendo camino.

Entonces Kel-la hace algo extraño: deja atrás a la Daura, a Adir y a los niños y apresura el paso hasta alcanzarle. Cuando llega a su lado, coge su mano y sin decir una sola palabra, se la lleva a la frente. En señal de agradecimiento.

Nunca había hecho una cosa semejante. Kel-la.

Después, enseguida, se ponen en camino. Adir lleva sobre sus hombros a uno de los más pequeños. La Daura al otro. Kel-la con la ayuda de Herru tira de los otros tres y carga con las pocas provisiones que les quedan: algunos cocos y un poco de harina parecida a la mandioca.

Dos horas después se detienen a la orilla del río, junto al árbol donde encontraron moribundo a Rayco.

Takama mira al agua y dice:

– Fabricaremos una balsa y seguiremos el río corriente abajo.

Enseguida se ponen manos a la obra.



EL RÍO DE LA VIDA



La habilidad de los Nurus para construir embarcaciones es un arte heredado y, aún privados de herramientas, son capaces de dar a sus balsas y piraguas formas muy estables.

Es por eso que al verla terminada, Herru no puede reprimirse y se pone a cantar y a dar saltos de alegría.

Al oírle, los somormujos ocultos entre las plantas acuáticas, salen volando.

[Puedes empezar ahora mismo a sentirte feliz. Puedes empezar a sentir la suerte. Puedes empezar a sentir la dicha que te rodea aunque no esté presente. Lo que sucederá entonces es que el Universo responderá a la naturaleza de tu canto. El Universo corresponderá a la naturaleza de ese sentimiento y se manifestará, feliz, porque así es como te sientes]

Uniendo fuerzas, Takama y Adir consiguen poner a flote la balsa. Herru, por su parte, ayuda a Kel-la y a la Daura a embarcar a los niños. Embarcan también los cocos y las raíces comestibles que han podido reunir y empuñando las pértigas, enseguida consiguen alejarse de la orilla.

Y entonces Kel-la vuelve el rostro hacia Adir para sonreírle.

Adir emocionado, la mira a los ojos. Igual que hubiera podido hacerlo un niño.



LA TRAVESÍA



A unos islotes suceden otros cubiertos de cañaverales y plantas acuáticas aunque en realidad, son bancos de fango que apenas sobresalen de la superficie del agua. Ningún ser humano podría poner ahí su pie sin correr el riesgo de hundirse para siempre.

Bancos traidores formados por un suelo movedizo y sin fondo, pronto a tragarse a cualquier imprudente que se atreva a pisarlo.

Nubes de aves acuáticas que se levantan de los cañaverales y al acercarse la balsa, huyen dando graznidos. Tanagros de plumaje azul y vientre color de naranja, gallinetas azul turquí o graciosos pajarillos negros de cabeza blanca.

Están a finales del begnesmet y hace un intenso calor.

Cinco horas más tarde deciden hacer alto en una isleta cubierta de árboles, árboles que en opinión de Kel-la, sólo pueden crecer en tierra firme.

Poco a poco se acercan a la orilla y amarrando la balsa a un tronco se tienden sobre la arena para descansar un rato.

[El Universo lo realiza todo sin esfuerzo. El agua fluye sin esfuerzo. No hay esfuerzo. Es simplemente un gran diseño. Todo depende de lo que haya en tu mente]



EL PENÚLTIMO ISLOTE



Un lugar como éste existe sólo para que su gente – caso de que exista – pueda zarpar hacia tierras más allá del horizonte. Un lugar para servir de escala. A la par cerrado y abierto. Un lugar en el cual protegerse y desde el cual volver a partir, dar el salto.

El salto definitivo.

La clase de lugar donde la memoria se atesora y alimenta. Donde las jóvenes que aprendemos de las leyendas e historias de nuestros antepasados, experimentamos esa sensación de ser unas grandes heroínas. Ese arrebató de valentía.

Pero al igual que Leubocó, tan sólo un eslabón de la cadena.

Otro más.

Piensa Kel-la.

El islote, de unos cientos de metros de circunferencia, está cubierto de matorrales espesísimos entre los cuales revolotean millares de pájaros microscópicos cuyo nombre desconocen por completo. Hay también una decena de árboles cargados de peras exquisitas.

– Al menos, no nos faltarán frutas – dice Takama.



EL SILENCIO



Al día siguiente se dejan arrastrar por la corriente río abajo.

El sol se pone detrás de los grandes árboles de la orilla cuando por fin atracan en una caleta. A lo lejos, en el interior de la selva, se oyen los agudos gritos del guara.

– ¡Buena señal! – dice Adir.

– ¿Por qué? – pregunta Kel-la.

– Porque si los lobos rojos aúllan, es señal de que andan solos. A estos animales no les gustan los hombres.

– En cualquier caso – interviene Takama – pasaremos la noche en la balsa. Aquí estaremos seguros de no ser sorprendidos.

Al anochecer, conducen la balsa a un banco que haya cincuenta metros de la orilla y se disponen a dormir a pesar de los aullidos, los silbidos y los chapoteos de los sapos.

Al día siguiente y después de vaciar unos cocos, prosiguen su viaje.

Y así, navegando por un cauce que no hace más que ensancharse, dejan pasar el tiempo en el mayor de los silencios.

De cuando en cuando, el golpeteo de las pértigas contra el agua. Nada más.



ESPERANZAS



El grupo pasa otras dos lunas derivando en la balsa cuando, al comenzar la tercera a elevarse en el cielo, Takama se vuelve de pronto, dirigiendo la vista río abajo ordena:

– ¡Silencio! ¡Silencio! ¡He dicho que silencio!

Kel-la y la Daura hacen callar a los niños.

Unos puntos brillantes, quizá luces, se deslizan silenciosamente por las negras aguas del río y parecen dirigirse, directamente, hacia donde ellos se encuentran.

Hacen tenderse a los niños en el centro de la balsa y se disponen a esperar mientras, en el fondo de su corazón, cada uno siente una cosa diferente:

Kel-la, algo parecido a una bienvenida.

La Daura, seguridad para sus hijos.

Herru quiere aventuras.

Los otros niños también.

Adir, un futuro y Takama, respuestas.

Todos tienen unas enormes ganas de vivir.

[El primer paso es pedir. Da una orden a la vida. Deja que la vida sepa lo que quieres. La vida, de seguro, responderá a tus pensamientos]



LOS CAMINOS DEL AGUA



Entretanto, no te quedes ahí sentada, esperando.

[Tienes que escogerlo que quieres, pero has de tenerlo muy claro. Éste es tu trabajo. Si no lo tienes claro, la vida no podrá concedértelo. Enviarás a la vida un mensaje confuso que sólo atraerá resultados confusos. Detente. Haz un alto en el camino e intenta descubrir qué es lo que realmente quieres. Una vez descubierto, no dejes que nada te frene]

Kel-la (no) dice: tengo miedo.

Kel-la (no) dice: Entré descalza en la vorágine de la vida siguiendo los caminos del agua.

Kel-la no sabe (todavía) que sus pies a la intemperie y su propensión a correr al encuentro de la vida son una herencia de su género, al igual que sus pechos. Sus hermosos pechos.

Kel-la recuerda el día en que el Queví le dijo tú no sabes.

Kel-la recuerda también cómo fue que, entrecerrando los ojos en éxtasis cuasi-religioso, volvió a repetir: tú no sabes nada.

Con una boca entornada, esa boca casi sin dientes sonriendo, condescendiente y obtusa. Sonriendo también cuando le dijo que se iba.

El Queví (por supuesto) no dijo más nada y a partir de ese día Kel-la supo que no tendría más jefes.

Y desde entonces sabe también que la voluntad de ser libre tiene el sabor de algo muy lejano y amado, el sabor dulce de una fruta sobre la lengua en un día caluroso.

Esa especie de felicidad.



EXTRAÑOS



A dir se mete silenciosamente en el agua con la cerbatana sujeta entre los dientes y se pone a nadar en dirección a las luces que parecen haberse detenido. Nada sin hacer el menor ruido.

Cuando está suficientemente cerca, comprueba que se trata de extrañas canoas que han fondeado a escasos 100 metros de la balsa. Son canoas como no ha visto nunca y, cada una, proyecta una intensa luz contra el agua. Un círculo luminoso creado por un extraño fuego que ni siquiera arde.

Después se agarra con una mano a algunas raíces acuáticas mientras que con la otra intenta mantenerse a flote.

Espera y observa. Y lo que ve le sorprende más allá de las palabras:

Los hombres de las canoas están encapuchados, cubiertos por unas extrañas vestimentas de un color amarillo tan brillante como el mismo sol, sobre los que el agua resbala como lo hacen las gotas de rocío sobre las hojas de las palmeras.

Entonces los ve: millares de peces chapotean en la superficie del agua, dentro de los círculos de luz. Millares y millares de peces. Tantos como nunca hubiera podido imaginar.

Y, mientras observa incrédulo la escena, vel llegar más canoas, cada una con su fuego que no arde, desplazándose río arriba sin remos ni pértigas, emitiendo un extraño

traqueteo, como si cientos de guerreros golpearan al unísono troncos de madera.

También éstas se detienen, también proyectan su círculo de luz sobre el agua.

Y entonces Adir entiende. ¡Son pescadores! ¡Están pescando!

Con gran sigilo escondido entre las plantas empieza a nadar de vuelta a la balsa.



RECUERDOS



Mientras espera el regreso de Adir, Kel-la recuerda que hoy es el último día del begnemest.

Llevan un mes de andadura.

Piensa en el largo viaje. Recuerda a los que se quedaron en el camino. Pero se siente contenta por haber sobrevivido. Ella, Herru y los demás.

Todavía no puede cantar victoria pero en el fondo sabe que ya ha ganado.

[Tanto si crees que puedes como si crees que no puedes, estás en lo cierto]

De pronto, frente a ella, empapado de agua, Adir se cruza de brazos y, entusiasmado, informa de que los hombres de aquellas canoas son muy extraños pero que de ninguna manera parecen peligrosos.

– Están pescando. ¡Millones de peces!



PENÚLTIMA ETAPA



Y lo que Kel-la y los demás deciden es... seguir de lejos a aquellos hombres teniendo buen cuidado de que no les vean.

[¿Existe alguna limitación? Ninguna en absoluto. Somos seres ilimitados. A nuestro alcance enteramente todo, sin lindes ni fronteras]

En el cauce, resiste todavía una especie de crepúsculo mientras que la amanecida reverbera y sobre las copas de los árboles.

Detrás de las canoas, arrimados a la ribera y protegidos por los juncos, reman despacio hasta que, al cabo de una hora, empiezan a escuchar un fragor desconocido, el fragor producido por el agua de un lago inabarcable, del que no pueden ni imaginar sus orillas, un agua que golpea la tierra rompiéndose en mil añicos blancos que revolotean en el aire hasta desaparecer. Y, por fin, kel-la entiende las ondas del mapa.

Y a la orilla de aquel colosal lago, una aldea inmensa, con edificios blancos, altos como montañas, en los que no se pueden apreciar ni troncos, ni piedras, ni hojas de palma. Y un bullicio como de mil aldeas juntas.

Entonces Kel-la recuerda las palabras de Akaymo cuando, balanceando la cabeza de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante, murmuraba sin parar su obsesiva letanía:

– Es- el - final - estamos - perdidos - estamos perdidos -
estamos perdidos.

Sin embargo, ahoray no hay niebla. Hallegado el sol.
Aquí cabela esperanza y también sus cicatrices. Nada se ha
perdido. Están aquí. Siguen siendo las gentes del pueblo de
Leubocó, la civilización ahora perdida.

[Porque si no cambias y te adaptas, mueres]

Kel-la será la última en poner su pie en tierra.

*[Es cierto – se dice – cada paso que damos nos ayuda a crear
nuestro propio universo]*

En ese mismo momento intuye que va a ser difícil explicar
a sus compañeros los planes que han empezado a fraguar
dentro de su cabeza.

Pero pasará todavía algún tiempo.

Porque los sueños son lo que son y suelen hacerse
esperar. Como si antes de realizarse quisieran comprobar
que estamos preparados para recibirlos, que somos
lo suficientemente fuertes para sobrellevarlos. Que,
simplemente, somos dignos de ellos.

Cuando estén preparados se lo dirá. Construirán una canoa
y partirán de nuevo para descubrir lo que les espera al otro
lado del agua.

[Al otro lado del agua]

Kel-la quiere aprender. Quiere seguir aprendiendo siempre.

Y ahora, tan de lejos, vuelve a recordar el momento exacto de la huida. El momento cuando la inseguridad y el miedo se convirtieron en el viento que hinchó sus velas. El momento de estremecimiento que acompaña siempre el partir cuando se sueltan las riendas y una se deja ir.

El momento en el que todos ellos decidieron seguir vivos.

Y sonrío.

FIN

Si quieres adquirir un paquete de libros para repartir entre tu equipo o compartir en tu organización escríbenos a:
laniebla@game-learn.com

Para comprar ejemplares online accede a
www.game-learn.com/laniebla

Si quieres aprender utilizando historias, videojuegos y simuladores, visita nuestra web: **www.game-learn.com**

Gamelearn desarrolla videojuegos para formación corporativa.

Somos especialistas en el desarrollo de habilidades: liderazgo, comunicación, negociación, gestión del tiempo o atención al cliente entre otras.

Gamelearn es la empresa de formación a través de videojuegos más premiada del mundo, trabaja con más de 1.000 corporaciones e instituciones en los cinco continentes. Durante más de 10 años, hemos formado a cientos de miles de personas consiguiendo que la formación online garantice dos componentes esenciales: aprendizaje experiencial y engagement.

En Gamelearn queremos hacer que aprender sea divertido otra vez.



www.game-learn.com
info@game-learn.com
Tlf. +34 913 519 089